

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8185

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECION DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico. Las letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que desite, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cauvarrin, 6. Mr. J. Jones. Faubourg Montmartre, 31. y en Londres. Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 18 de Febrero de 1889

CURA inmediatamente todo caso de Vómitos y Diarreas (de los Niños, de los viejos, de los niños, de los niños) embarazadas) Colera, Tifus, Catarras y úlceras en estómago. **BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ** DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

CANTARES

Para bistelis Inglaterra Y para esencias el moro, Para chocolate, EL BARCO Que gana medallas de oro. Si hablas de thés y calés Mira no metas la pata que los que elabora EL BARCO Tienen medalla de plata.

Los calés empaquetados y tes de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Riusueño, 3, Oridad, Cartagena.

ROMPECABEZAS COLON

De venta en la tienda «La Estrella de Oro», Cuatro Santos, 25 y 27.

A 15 céntimos.

La China Lanitas fantásticas. **CENTRO DE NOVEDADES** Viñas y Sánchez Marina Española, 49, Cartagena. Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas. **CONFECCIONES** Terciopelos ENCAJES

LA SEMANA ANTERIOR

¡Caracoles, caracoles!... Estamos mejor que queremos. Cada semana que sale a escena, nos da un motivo de alarma.

Primero el *destripador*, luego los robos, ahora la *fiera*. Si esto sigue así, no sé a dónde iremos a parar.

En los últimos días de la semana anterior los temas de todas las conversaciones se han reducido a uno solo. La presentación de la *fiera*, en el vecino caserío de los Molinos.

Y verdaderamente la cosa merece la pena. ¿Quién, de los que vivimos dentro de murallas, no nos alegraríamos a salir al campo?

¿Y quién de los que en él residen, saldrán de sus casas? Nadie.

Mi vecina Dolores, es una señora de más de setenta años. Efecto de ellos, ó de no haberle cortado el *fronillo* en sus infantiles tiempos, es lo cierto que generalmente toda frase que sale de su boca, no la conocería ni el inventor de la lengua castellana.

D. Dolores averiguó lo de la *fiera*, y desde entonces hasta el instante en que escribo estas líneas, apenas si ha dejado de hablar del asunto.

Ayer tarde, me contaba el hecho por séptima vez con detalles curiosísimos, y después añadió con tono sentencioso: «Yo sé quien ha hecho ese destrozo en los puercos.»

—¿Que usted sabe?

—Si señor; una mujer.

—¿Pero que está usted diciendo?

—Lo que usted oye. ¿No escuchamos a cada paso de una individuo que reúne ciertas cualidades, *esa mujer, es una fiera?*

—Sí...

—Pues esa fiera es una mujer. No me cabe duda.

No quise discutir con mi vecina porque de entendimiento no está muy allá como ustedes han podido hacerse cargo, pero puedo asegurarles que la *lógica* de D. Dolores no la olvidaré fácilmente.

Lo cierto es, volviendo al asunto primordial, que nadie sabe qué animal es el aficionado a la carne de cerdo.

Algunos aseguran que la *fiera* no existe y que debe fijarse un *bando* que tranquilice al vecindario.

Otros que si se procede así se obrará rematadamente mal, y que sería cuestión de un *contra-bando*... en fin, cada cual dice su cosa, pero ni el tigre, ni el lobo, ni la pantera, ni el oso, sea lo que fuere, quiere darse a conocer.

Y mientras tanto nosotros ocupándonos del caso.

Los aficionados al desarrollo físico están de enhorabuena.

En la plaza del Rey se está acabando de montar un gimnasio que reunirá notables condiciones, según he tenido ocasión de apreciar.

Un simpático joven de esta ciudad, inteligente como pocos en el asunto, figura al frente del futuro establecimiento que como ustedes deben imaginarse, producirá buenos efectos en la juventud.

Supongo, pues, que toda la de Cartagena acudirá a tan beneficioso centro.

Por lo menos, asistiendo a él, aprenderá a *hacer planchas* con todas las reglas del arte.

—¿Sabes que se ha constituido en la semana anterior una Sociedad anónima en esta ciudad?

—No: no había llegado a mi noticia. ¿Y quienes la componen?

—Señoras y señoritas.

—¿Qué tratan de explotar?

—Nada.

—Me extraña. ¿A qué, pues, se dedica?

—A acertar charadas.

—No me parece mal pensamiento. Es el mejor medio de pasar distraída la noche.

¿Y cómo se llama la sociedad?

—Equis.

—¿Y se ha averiguado?...

—Eso me falta precisamente. He averiguado donde celebra las reuniones, pero no paso de allí.

—¿De dónde?

—Del sitio en que se reúnen.

—¿Y cuál es?

—Escuchas al cido, porque no quiero que se enteren...

—¡Ah! Pues voy a la Inspección de serenos.

—¿Para qué?

Toma, para que me den más noticias, si ellos están enterados, que si deben estar, toda vez que son *aves nocturnas* que conocen a todos los *vecinos* de... la población.

La semana teatral ha dado bien poco de sí.

La compañía Povedano que debió reanudar sus tareas el viernes, no lo hace hasta hoy, de modo que no teniendo más asuntos de que tratar doy por terminada esta reseña.

J.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior:

Con la gran Troya potente hizo E. A. su charada, y cuando estuvo pensada la descifré diligente. Mas como todo lo allano y me gusta la victoria, quisiera tener la gloria que tuvo el pueblo TROYANO.

Por la sociedad X

P. R.

Charadas

En plena prima te vi y tanto me interesaste, que nunca *todo* pensaste lo que he sentido por ti. Tú *dos* tercera y verás como yo en nada te engaño, deja que transcurra un año, y si me escuchas, ya oirás.

En las islas Filipinas por primera está sufriendo un joven enamorado que es militar y es apuesto. Lo mismo piensa en primera que en el todo, según creo, y por una *dos* que anhela llegar un día a este puerto. Al verse aquí, de seguro, que la *tercia* repitiendo dejará caer sin duda de alegría y de contento. Solo dos sílabas faltan que encontrará, por supuesto, la Sociedad de la X, y si como las agregó a las tres que llevo dichas, las agrega, es muy cierto que el todo de esta charada ha de sacar al momento.

II.

Las soluciones en el número próximo.

LAS PROPINAS

Hay costumbres que se imponen y se arraigan en la sociedad, con más fuerza aún que cualquiera ley escrita o sin escribir.

En más ó menos grado, todos tenemos en nuestro espíritu ideas de rebelión y de independencia que constantemente nos incitan a eludir el cumplimiento de las leyes, por la sola y sencilla razón de que éstas tienen fuerza de obligar. En cambio las costumbres, que no obligan a nadie y que son muchas veces

refrarias al buen sentido y ridículas en grado superlativo, nos encadenan y tiranizan.

La costumbre de *dar propina*, desconocida en absoluto de nuestros antepasados, es muy reciente, y ha llegado a vulgarizarse desde que todos hemos convenido, sin ponernos de acuerdo, en que es un delito de lesa castidad el no darla.

Además, siendo todos ricos por nuestra casa ó por otra casa cualquiera, no puede sernos muy sensible este alarde de generosidad y desprendimiento.

La propina está en razón directa con la importancia de la persona, según la lógica contundente y abrumadora de los mozos de café, manechos de barbería, y además individuos que el inolvidable *Figaro* clasificara entre los hombres sólidos.

Los calés que han venido a sustituir a los famosos mentideros del siglo XVII son establecimientos de primera necesidad en nuestros días, especialmente para las personas del sexo feo, que se dedican a la ingrata y absurda tarea de *matar el tiempo*. Son centros de murmuración y chismografía, donde la calumnia se condensa y donde caen por tierra las más sólidas reputaciones; pasatiempo de los ricos sin ocupación, de los bobos impenitentes y de los desesperados que no saben como vivir. Lugar de aborrecimientos para las madres de familia y para las esposas abandonadas, porque en él se relajan los vínculos de la familia y se gasta alegremente el jornal de la semana ó la paga del mes, que muchas veces se sobra por adelantado. Sitio donde se charra de todo, donde todo se comenta y se analiza, etc.; porque no nos hemos propuesto escribir un artículo sobre el *Café moderno*, el cual, por los adelantos de nuestro siglo y por la metamorfosis de las costumbres, no puede compararse en modo alguno con aquel otro *Café* descrito por Moratin en una de las más brillantes joyas de nuestra literatura dramática.

Pero las digresiones, hijas muchas veces del más refinado cálculo, son el gran recurso para emborronar cuartillas. ¿No parece que más franqueza no es posible?

Bastarán algunas ligeras observaciones para comprender la notable influencia de la propina en la humanidad serviente.

Tanto concurrente diario a cualquier *café* habrá observado, que la amabilidad y servicial solicitud de los camareros está en correspondencia íntima con la importancia de la propina.

Un parroquiano que tiene el mal gusto de no transigir con la costumbre establecida, entra en el *café*, y aunque el mozo se encuentre a dos pasos de distancia, necesita estropear las manos haciendo palmas para que el camarero se aperciba.

—¿Qué va a ser?—pregunta el mozo.

El parroquiano que lleva seis ó siete meses de frecuentar la misma mesa y que toma *café* inevitablemente, responde con acritud:—Pero hombre, ¿no sabe usted que yo no tomo más que *café*...

Después de quince minutos de espera, le sirven el *café frío*, y en el vaso ó taza más deteriorado que hay en el establecimiento. Nuestro hombre, que no quiere tomar *café* *frío* sin haberlo pedido, se le bebe de un trazo, en vez de hacerle a *cordillitos* como tiene por costumbre. Si está abonado a leer algún periódico, entonces ocurre la siguiente escena:

Dá dos ó tres palmadas, marcando el compás como los *jaleadores flamencos*, y acude el mozo en la creencia de que lo llaman para pagarle.

—Tráigame *El Imparcial*.